

los hombres dedicados por costumbre y por afición al ejercicio de las armas, y enviar los demás á sus hogares, poner la misma familia imperial bajo una autoridad más suave y conciliadora que la de Napoleón, dar en fin á Francia y Europa un reposo ardientemente deseado, una estabilidad que faltaba al bienestar de todo el mundo. Estas cosas, que no carecían de verdad, decíanlas imprudentemente las familias de José delante de generales, que las transmitían á Napoleón por odio á la corte de España; delante del embajador de Francia, que por deber daba cuenta de ellas; delante de una policía, que las comunicaba por oficio, y ya se concibe la irritación que en París habían de producir sin remedio.

Bien hubiera querido José pagar la admiración de sus aduladores, pero en sus escaseces no podía valerles de mucho. Todas sus rentas se reducían á las contribuciones de Madrid, pues de ninguna de las provincias ocupadas por nuestras tropas le enviaban dinero. La única bien administrada, que era Aragón, apenas alimentaba al ejército, y Cataluña, Navarra, Asturias, Castilla la Vieja, horrorosamente destrozadas, se hallaban en la imposibilidad de contribuir á otras cargas que las que satisfacían en especie para la manutención de las tropas de paso. Contando lo que percibía de Madrid y de su provincia, no percibía José más que un millon mensual, necesitando tres por lo menos para las necesidades indispensables de su casa, de su guardia y de los funcionarios que recibían sus órdenes. No le quedaba más recurso que el de la creación de vales sobre los bienes nacionales, especie de asignados que servían para comprar las fincas ocupadas á los frailes y á las familias proscritas. (Sin embargo, Napoleón se había reservado las posesiones de las diez primeras casas de España). Este recurso, que subía nominalmente á unos 100 millones, por efecto del descrédito del papel se reducía á 30 ó 40. José acababa de agotarlo, después de absorber el precio de las lanas cogidas en Burgos, y de las cuales sólo había recibido una parte. Con esta suma distribuyó algunas mercedes á sus favoritos, añadió algunos títulos de nobleza, algunas condecoraciones, y por último algunos grados en su guardia; que también había creado una guardia, que le costaba mucho y se componía de prisioneros españoles, que aceptaban este servicio por no ser llevados á Francia, y desertaban en seguida, llevándose los magníficos uniformes que les habían dado.

Para justificar estos actos decía José que preciso era que un rey tuviese que dar algo que pudiese recompensar á los franceses unidos á su suerte, pues le habían seguido de París á Nápoles, de Nápoles á Madrid, é indemnizar á los españoles que, por adherirse á su servicio, se habían separado de sus compatriotas; y que además estaba obligadísimo á formar un núcleo de ejército español, porque España no podía ser guardada de continuo por los franceses. Todo esto era muy sostenible.

Sin embargo, José tenía por qué arrepentirse de otras debilidades. Bastante friamente acogido por las tropas francesas, que no veían en él un amigo ni un general; más friamente aún por sus súbditos de Madrid, que no veían en él á su príncipe legítimo, vivía en el fondo de su palacio, ó en el Pardo, sitio real en que hacía muchos gastos por tener, como Felipe V, su Granja. Allí pasaba

una gran parte del tiempo, rodeado de los amigos lisonjeros, de cuyos discursos acabamos de dar noticia, y también había encontrado allí una princesa de los Ursinos en una señora hermosa y de talento, que se contaba en el escaso número de damas españolas que se atrevían á aparecer en la corte.

No había, pues, que tachar en la conducta de José más que algunas debilidades como las que se hallan en toda corte antigua ó moderna; pero Napoleón, implacable respecto de los caprichos que se quería perdonar á sí propio y no á sus hermanos, por no tener como él la brillante excusa del genio y de la gloria, irritado por una porción de malévolas relaciones, y sobre todo por la idea de que torpes cortesanos buscaban quizá en tal miembro de su familia un sucesor al imperio, no contemplaba más á la corte de Madrid que había contemplado á la de Amsterdam, y aun cabe decir que mucho menos, pues á las causas de enojo que acabamos de referir, se añadían de continuo las mortificantes desazones de la guerra de España. Decía á la esposa de José, retenida por razón de salud en París; al mariscal Jourdan, vuelto á Francia; á todos los generales, que iban y venían; á Rœderer, que frecuentemente había servido de mediador entre los dos hermanos, que José no tenía idea alguna de la guerra; que tampoco tenía genio ni carácter; que, á no ser por los franceses, en número no de trescientos, sino de cuatrocientos mil, que iban á ser necesarios muy pronto, José no permanecería más de ocho días en España; que las pretendidas seducciones de su carácter le llevaría dentro de poco tiempo á Bayona como en 1808; que echándose de emperador en un consejo de Estado, en medio de algunos personajes mediocres, que sabían de administración poco y bien ó mal hablaban de algunos negocios administrativos, nadie era político, así como nadie era general por seguir un ejército y dejar hacer al jefe de estado mayor, ó no dejarle, lo cual era peor todavía; que la dulzura podría tener su valor, pero nunca antes de haber prevalecido la fuerza; que hasta el presente había que hacerse formidable, fusilando sin piedad á los *bandidos* que degollaban á nuestros soldados, y ocuparse en proporcionar alimento á los franceses, antes de pensar en guardar contemplaciones á los españoles; que sin duda esta era una manera de reinar muy penosa, muy cruel para un carácter tan dulce como el de José; pero que, bien mirado todo, él, Napoleón, no le había forzado á ser rey de España, habiéndoselo ofrecido, mas no impuesto, y siendo menester, ya que había aceptado, que llevase esta corona por pesada que fuese; que relativamente á los apuros rentísticos, sólo eran imputables á la incapacidad de José y de sus ministros; que ya había costado España al tesoro imperial de doscientos á trescientos millones, y no era cosa de arruinar por ella á la Francia; que España era rica, contenía recursos inmensos, y si él, Napoleón, pudiera venir á su seno, se encargaría muy bien de hacer vivir á sus ejércitos y de encontrar además el aditamento necesario para los servicios civiles; que iba á enviar ciento veinte mil hombres de refuerzo para acabar esta guerra importuna, pero que á los gastos de equiparlos, de armarlos, de instruirlos, no podía añadir el de alimentarlos; que, á lo sumo, podría suministrar dos millones mensuales para el sueldo (ya hemos referido esta resolución de Napoleón y explicá-

dola al referirla), pero que fuera de aquí no haría nada, porque á lo imposible no está obligado nadie; que cuando se experimentaban apuros, como los que en son de queja decía padecer su hermano, no se debían tener favoritos ni favoritas, ni prodigar los escasos recursos que hubiera á lisonjeros sin utilidad alguna; que la creación de la guardia real era inútil y aun peligrosa, pues absorbería infructuosamente un dinero necesario para otros usos, fuera de que á la primera coyuntura desertaría toda entera; que tomar prisioneros de Ocaña, como se había hecho, para transformarlos en guardias del rey era un escándalo y una insensatez, pues equivalía á dar calor á enemigos en el propio seno; que al menos por algunos años no había más arbitrio que contentarse con soldados franceses; que vanamente se aspiraría con la creación de un ejército español á la independencia de Francia, imposible en el estado actual de las cosas; que rayaba en el colmo de lo ridículo esta independencia con cuatrocientos mil franceses dentro de España; que era menester resignarse ó á no ser rey, ó á serlo por Napoleón, á su albedrío, según sus miras y voluntades; que sería gran fortuna que pudiera ir allí á pasar algún tiempo (lo cual temía la corte de José sin disimular sus temores); que con su presencia pondría orden en todo y enmendaría muchos yerros, pero que á falta de su presencia era necesario someterse á su voluntad; que, por lo demás, si no se trataba de gobernar y administrar de otra manera que hasta entonces, recurriría á un medio tan sencillo como el de convertir en gobiernos militares las provincias ocupadas por los ejércitos franceses, sin perjuicio de restituirlas al rey cuando la paz se celebrara, bien que en este caso convendría quizá que obtuviera Francia una compensación por sus esfuerzos y sus gastos; compensación que la naturaleza de las cosas indicaba harto á las claras, si al cabo había que apelar á este recurso, pues no sería otra que la de las provincias comprendidas entre los Pirineos y el Ebro.

Estos designios, transmitidos sin exageración alguna, siendo imposible exagerar las palabras de Napoleón, puesto que revelaban siempre hasta la extremidad de sus ideas, sumían al infortunado rey en el desconuelo. A su decir, ya era muy digno de lástima por efecto de las inconveniencias sin número de algunos generales franceses; pero que si además tenía que aguantar gobiernos militares en sus territorios y que pasar por la amargura de anunciar á su pueblo la desmembración de la monarquía, entonces, no cuatrocientos mil hombres, sino un millón de ellos se necesitaría para contener á los españoles, y aun este millón no sería bastante, y aun cuando pasara los Pirineos toda Francia, no vendría al cabo de tales designios, si no mataba cada francés á un español para ocupar en la península su puesto. Destinarle semejante papel equivalía á querer que reinara sobre cadáveres; y más valía destronarle de un golpe que mantenerle á tal costa en el trono.

Ya se puede notar que, bajo formas diferentes, la querrela de Luis con Napoleón se reproducía en España, y que Napoleón no ganaba mucho en emplear como instrumentos de su dominación á sus hermanos, pues á pesar de ellos, transformábanse de seguida en representantes de los intereses, que ansiaba inmolar á sus inflexibles designios. En su hermano Luis había visto in-

gerirse con fuerza el espíritu independiente y mercantil de los holandeses; en José veía reproducirse la impresión de parte de los padecimientos que pesaban sobre la España sin ventura. De temer era que, tanto en un país como en otro, la fuerza de las cosas menospreciada se sublevaba antes de mucho con una energía vengadora, de la cual los hermanos de Napoleón, sin que lo echaran de ver ellos ni él mismo, no eran más que precursores muy flojos.

Sea como quiera, consolado José en aquel momento por la victoria de Ocaña y por la toma de Gerona de las pesadumbres de este año; recibiendo de sus emisarios en Andalucía la seguridad de que el Mediodía de España, tras la fatiga de la agitación de los partidos, no deseaba más que verle para adherirse á su causa, se lisonjeaba de llegar al término de sus penas; y por su parte Napoleón, con las decisivas resultas de los grandes recursos acumulados para 1810, se lisonjeaba de llegar al término de sus sacrificios. La esperanza templaba la desesperación del uno y la imperiosa cólera del otro, y ninguno de los dos pensaba más que en hacer tan fructuosa como fuera posible la campaña que iba á tener principio.

José quería comenzar esta campaña por una expedición á Andalucía. Sus ministros, españoles adictos á la nueva dinastía y varones de algún mérito, como los señores Ofarril, Azanza, Urquijo, pensando, ni más ni menos que él, que valía más la suavidad que la fuerza; que se necesitaban en España pocos franceses y muchos millones; que era menester hablar de Napoleón poco, de José mucho y de desmembraciones de territorio nunca, discurrían haber hallado en la conquista de Andalucía una coyuntura de hacer prevalecer sus intentos. Dando oídos á españoles residentes en Sevilla, que pintaban á Andalucía cansada del gobierno de la Junta y pronta á rendirse á la nueva dinastía, figurábanse poder llegar á este objeto sin resistencia; que teniendo la fuerza escasa parte en la conquista, conservaría allí poco imperio; que José, con su arte de ganarse los corazones, sería el conquistador único de tan hermosa provincia, cabiéndole así la gloria y á la par el provecho; que Granada y Valencia imitarían en breve á Sevilla, y Cádiz lo propio; que así tendría bajo su autoridad directa casi todo el Mediodía de España; que allí podría encontrar recursos rentísticos abundantes; que en estos recursos y en la distancia hallaría cierta independencia de su hermano; que, en suma, no empezaría á ser rey de España más que en Andalucía, y que allí se verificaría el triunfo de su sistema, de su persona y de su trono. José á quien era fácil persuadir de estas cosas, solicitaba con vivas instancias en París el permiso para hacer la conquista de Andalucía. Viendo el mariscal Soult las mismas facilidades, especialmente de resultas de irse metiendo en Portugal las tropas inglesas, deseando dar cima á tal empresa para borrar el recuerdo de Oporto, esforzaba cerca de Napoleón la idea de una expedición á Andalucía, y para alentar más á José mostrábasele como lugarteniente sumiso y devoto.

Napoleón vacilaba á pesar de todo y como no solía cuando se trataba de resoluciones militares. Sensible era á las ventajas de poseer inmediatamente la Andalucía y quizá por el estímulo del ejemplo los reinos de Valencia, de Murcia y Granada, sometándosele de esta



suerte el Mediodía de la Península de un golpe; mas su gran tacto militar le inducía á pensar que el ejército inglés era su primero y capital enemigo en España; que ante todo convenía dedicarse de lleno á vencerle, para obligarle á que se reembarcara; que una vez expulsado de la península, sería fácil ir á caer desde Portugal, adonde habría sido indispensable perseguirle, sobre Andalucía, donde los españoles ya solos, carecerían de fuerza y hasta de ánimo para la resistencia; que si aún la ensayaban algunos días, no sería de larga duración su defensa, porque la expulsión de los ingleses produciría la paz general sin remedio, y terminada la paz general, serían las pasiones de los españoles como fuego sin pábilo y destinado á apagarse pronto. De consiguiente, en su sentir el plan más militar y el más político al mismo tiempo era marchar en derechura y ante todo contra los ingleses, y efectivamente, con esta mira había juntado una abrumante masa de fuerzas para lanzarla sobre lord Wellingtón desde luego. Desgraciadamente se dejó desviar de este proyecto saludable por la seguridad que se le dió de señorear la Mancha y Andalucía sin disparar un solo tiro, y de que por tanto una marcha sin obstáculos proporcionaría las riquezas de Granada y Sevilla y además la posesión de Cádiz, con lo que se quitaría á los ingleses el recurso de establecerse en este gran puerto, pues era de temer que si se les expulsaba de Portugal antes de poseer la Andalucía, se embarcasen en Lisboa, para tomar en Cádiz otra vez tierra, lo cual fuera un infausto accidente. Sobre todo dejése vencer por la consideración de que las tropas, que caminaba hacia la península y que debían invadir á Portugal, no habían aún llegado ni estarían en disposición de maniobrar antes de abril ó mayo; de que para entonces ya estaría acabada la empresa de Andalucía, para lo cual se pedían quince días tan sólo, y de que, llevadas las tropas que en esto se hubieren empleado hacia Badajoz, todas estarían á las puertas de Portugal, y así podrían auxiliar por la izquierda del Tajo á las que bajaran por la derecha. No previendo entonces Napoleón cuán grande sería el consumo de hombres cuando se extendieran por aquella comarca devoradora, y no considerando la expedición de Andalucía más que como un empleo momentáneo de las hermosas tropas que había en torno de Madrid, empleo que permitiría trasladarlas inmediatamente de Sevilla á Lisboa, consintió en la expedición de Andalucía, sin cuidarse de las consecuencias de esta resolución funesta. Según se ha visto anteriormente, había preparado cerca de ciento veinte mil hombres de refuerzo y pensaba elevarlos á ciento cincuenta mil contra España. Estos ciento cincuenta mil hombres, todos en marcha, se habían reunido del modo siguiente.

Primeramente habían ingresado en los depósitos acantonados en las costas de Bretaña y á lo largo de los Pirineos, y cuyos regimientos unos pertenecían al ejército de Portugal y otros á los ejércitos de España, los treinta y seis mil reclutas sacados algunos días antes de la paz de Viena para las necesidades de la península. Estos depósitos pudieron proporcionar inmediatamente en reclutas de los anteriores alistamientos, y ya instruidos, unos veinticinco mil hombres de infantería, reemplazados por los dichos treinta y seis mil reclutas al punto. Con aquellos veinticinco mil hombres formó dos exce-

lentes divisiones, una á las órdenes del general Loison, antiguo y vigoroso oficial que había hecho la campaña de Oporto, y otra á las órdenes del general Reynier, oficial distinguido del ejército del Rhin, poco ocupado después de los acontecimientos de Egipto y más prudente que feliz en la guerra.

Estas dos divisiones, enviadas á toda prisa, sirvieron de pronto para relevar á una porción de destacamentos, retenidos en las provincias del Norte, y no incorporados por consiguiente á los cuerpos de que iban á completar el cupo. Después una de ellas, la del general Reynier, fué disuelta, y los batallones que la componían pasaron á sus regimientos respectivos. La otra, formada toda de batallones pertenecientes al sexto cuerpo, fué agregada al mismo para formar una tercera división mandada por el general Loison. Napoleón quería elevar este cuerpo á treinta mil hombres y que con el mariscal Ney á la cabeza fuera parte principal del grande ejército destinado á Portugal contra los ingleses. Así, después de oír al mariscal Ney, hizole partir de París, diciéndole que de su energía no podía hacer mejor uso que el de volverle á enviar á España contra el ejército de Inglaterra. Con efecto, el mariscal vino á ponerse al frente del sexto cuerpo reforzado y estableció su cuartel general en Salamanca.

A este primer envío ejecutado con urgencia añadió Napoleón otro. Anteriormente había reunido en Suabia á las órdenes del general Junot, cierto número de los terceros y cuartos batallones de los regimientos que servían en España, á fin de componer una reserva en vista de la guerra de Austria. Celebrada la paz, dirigiólos de nuevo hacia los Pirineos, después de completarlos en el camino, unos para incorporarse en España á sus regimientos respectivos, cuando la intermediación de los campamentos lo permitiera, otros para formar á las órdenes del mariscal Junot un segundo cuerpo de treinta mil hombres, destinado al ejército de Portugal de igual modo. Quedaba un tercer cuerpo en los depósitos de infantería estacionados junto al Elba y el Rhin, donde había una multitud de jóvenes ya instruidos y sin ocupación alguna en el Norte. Cuadros destacados de estos depósitos debían conducirlos á España, y después de dejarlos allí volverían al Norte, su habitual morada. Estas diversas combinaciones podían suministrar alrededor de ochenta mil hombres de infantería. De nueve á diez mil jinetes debían proporcionar los dragones, cuyos escuadrones terceros y cuartos iban á retornar á España, de donde fueron segregados por un momento. Otros cinco ó seis mil jinetes debían salir de los depósitos de doce regimientos de caballería destinados á España. Este refuerzo total, con las tropas de los trenes, de ingenieros y de artillería, constaba de más de cien mil hombres, y completarían los ciento veinticinco mil, cuya reunión estaba proyectada, quince ó diez y ocho mil soldados de la guardia ya partidos y siete ú ocho mil sacados del Piamonte, donde residían los depósitos del ejército de Cataluña. Por último, quedaban dos hermosas divisiones, las que en la última campaña de Austria habían servido á las órdenes del mariscal Oudinot, al lado de la heroica división de Saint-Hilaire y aprendido la guerra en Essling y Wagram. Se componían de cuartos batallones: los pertenecientes á regimientos estacionados en el Norte fueron destacados para regresar á

sus cuerpos: los pertenecientes á regimientos de los que servían en España fueron encaminados hacia el Oeste de Francia, donde descansaban á las órdenes del general Drouet (conde de Erlón) prontos á formar una nueva reserva detrás del grande ejército de Portugal. De esta suerte entendía Napoleón proporcionarse el refuerzo de ciento cincuenta mil hombres que pensaba enviar á la península en 1810, y que completaba la masa de más de cuatrocientos mil hombres dedicados á esta guerra devoradora.

Permitiendo Napoleón la expedición á Andalucía, que debía ejecutar José al frente de sesenta mil veteranos reunidos junto á Madrid, discurrió que, terminada aquella, se podrían destacar lo menos treinta mil de estos soldados y trasladarlos hacia el Alentejo; que dirigiéndose hacia Lisboa estos treinta mil hombres por la izquierda del Tajo mientras Massena marchaba allá por la derecha con los sesenta mil hombres de Ney y de Junot, con los quince mil de la guardia, con los diez mil jinetes de Montrún, sin meter en cuenta la reserva de Drouet, sería imposible á los ingleses resistir una masa tan agobiadora de fuerzas, y que haciéndose inevitable su embarque, la campaña de 1810 sería quizá la última de la guerra de España. Antes de haber aprendido por una cruel experiencia lo que venían á ser los ejércitos bajo el clima de la península, se podían concebir hasta con la gran perspicacia de Napoleón tan lisonjeras esperanzas.

Por consiguiente, sin desviarse de su objeto esencial, que era de continuo la expulsión de los ingleses, permitió Napoleón la expedición de Andalucía, la cual no debía ser á sus ojos más que el empleo útil de las fuerzas concentradas en rededor de Madrid, mientras se reunieran en Castilla los elementos del grande ejército de Portugal destinado á marchar sobre Lisboa al mando del ilustre Massena.

Al consentir Napoleón en la expedición de Andalucía, prescribió á José las precauciones que se debían observar en tal empresa. Mandóle marchar con tres cuerpos, el cuarto bajo el general Sebastiani, el quinto bajo el mariscal Mortier, el primero bajo el mariscal Víctor, quedando la división Dessoles en reserva. Respecto del segundo que había pasado sucesivamente de manos del mariscal Soult á las del general Heudelet y recientemente á las del general Reynier, le previno que le dejara junto al Tajo enfrente de Alcántara para observar á los ingleses, cuyos designios, después de su movimiento retrógrado hacia Portugal, no estaban al alcance de nadie. Le recomendó que llevara consigo artillería de grueso calibre, á fin de que no se le detuviera delante de Sevilla, como se detuvo al mariscal Monecy delante de Valencia por falta de artillería de sitio. Con los tres cuerpos que llevaba y las antiguas divisiones de dragones iba á tener José unos sesenta mil hombres, sin contar la reserva del general Dessoles que debía guardar sus espaldas, sin contar el cuerpo de observación del general Reynier que debía velar sobre su derecha, lo cual componía un total de ochenta mil hombres por lo menos. Mucho más era de lo que hacía falta en el actual estado de fuerzas de los españoles para invadir la Extremadura, la Andalucía y los reinos de Murcia. En cuanto á lo de guardar estas provincias era otra tarea en que aún no se pensaba por el momento.

Expedidas estas instrucciones, Napoleón intimó al general Suchet que ocupara en tomar á Lérida y á Mequinenza el tiempo que empleara José en conquistar la Andalucía. Ayudado Suchet á esta empresa por el mariscal Augereau, podría á su vez ayudar á éste en la toma de Tortosa y de Tarragona, y marchar seguidamente sobre Valencia, donde la conquista del Mediodía, comenzada por José, se llevaría á final remate. Durante el mismo tiempo debía el mariscal Ney organizar su cuerpo en Castilla la Vieja, dar caza á los *insurgentes* de León, alargar la mano al general Monnet en Asturias,



El mariscal Ney

preparar los sitios de Ciudad Rodrigo y Almeida, por los cuales debía ser inaugurada la campaña de Portugal, y aguardar así en una actividad poco fatigosa á que todos los elementos del ejército de Portugal estuvieran reunidos completamente.

Cuando José recibió la autorización para efectuar la expedición á Andalucía, experimentó un verdadero alborozo, sobre todo porque iba á obrar á distancia de Napoleón y tan sólo con el consejo del mariscal Soult, que le servía de mayor general y que á la sazón se le manifestaba muy deferente. No estaba el mariscal menos gozoso de marchar sobre Andalucía, donde no había ingleses, y por tanto sólo eran de temer, ó mejor dicho, de esperar batallas de Ocaña.

José hizo preparativos suntuosos y muy semejantes á los de Luis XIV al marchar con su corte á Flandes. Llevaba consigo cuatro ministros, doce consejeros de Estado, sus cortesanos habituales y una innumerable servidumbre. A fin de adquirir el dinero necesario para representación tan fastuosa, hubo de descontar á toda costa vales sobre los bienes nacionales y letras de cam-



bio sobre Burdeos, hipotecando para el pago las lanas y los géneros coloniales que se habían cogido en España. Por enero salió de Madrid y el 15 de este mes llegó á los desfiladeros de Sierra Morena. El mariscal Soult, que dirigía las operaciones, encaminó el cuarto cuerpo del general Sebastiani por el camino de Valencia sobre San Clemente y Villamanrique, para sortear por la izquierda la garganta principal de Despeñaperros que desembocaba en Bailén. Por el camino real de Sevilla hizo que marchara el quinto cuerpo del mariscal Mortier hacia el mismo Despeñaperros, y por Almadén el primer cuerpo del mariscal Víctor, para sortear este desfiladero por la derecha y bajar al Guadalquivir entre Bailén y Córdoba. Desde las desdichas del general Dupont pesaba una especie de terror supersticioso en punto á las gargantas de Sierra Morena; y naturalmente no podían menos de fiarse en ellas los españoles y de temerlas los franceses. Sin embargo, ni las minas que se decía haber preparado allí los españoles, ni las reliquias del ejército batido en Ocaña, allí allegadas confusamente, eran capaces de contener ni una sola hora á las tropas admirables que iban con José.

Aun cuando fuera muy incierta la autoridad de José sobre los cuerpos que no estaban á sus inmediaciones, valiéndose de su nombre el mariscal Soult escribió al general Suchet para hacerle abandonar la idea del sitio de Lérida y comprometerle á ir sobre Valencia con el fin de cubrir la izquierda del ejército de Andalucía. Despachando una orden semejante al mariscal Ney, le recomendó que comenzara de seguida el sitio de Ciudad Rodrigo para atraer hacia el Norte de Portugal á los ingleses y guardar la derecha de este ejército de Andalucía protegido de todos modos cual si corriera los peligros más graves.

Tomadas estas precauciones se hizo punta hacia Sierra Morena con el objeto de atacar el 19 y 20 de enero de 1810. Siempre el general Areizaga mandaba el ejército español medio destruido en Ocaña y diseminado en los numerosos repliegues de Sierra Morena. Encargado de reorganizar este ejército el marqués de la Romana, prometió mucho sin hacer casi nada: apenas ascendía á veinticinco mil hombres desmoralizados, desprovistos de todo y repartidos en tres divisiones casi de cara á los tres pasos de Almadén, de Despeñaperros y de Villamanrique. Una división destacada del ejército de Castilla la Vieja á las órdenes del duque de Alburquerque había pasado por cerca de Alcántara el Tajo y marchaba con premura hacia Sevilla para llegar á tiempo de ampararla.

El 18 de enero movióse el mariscal Víctor de Almadén á Sierra Morena por un camino poco á propósito para la artillería, y se adelantó el 20 por entre montañas de manera que pudo desembocar en Córdoba, costeando así la garganta de Despeñaperros. No halló delante más que tropas en fuga y corriendo precipitadamente hacia Córdoba sin hacer jamás alto. De frente abordó el mariscal Mortier el día 20 el principal desfiladero de Despeñaperros, que desembocaba en la Carolina y Bailén, lugares testigos de sucesos tan infaustos. No bien fué descubierto, haciendo saltar los españoles algunas minas, que no obstruyeron el camino por ningún lado, se pronunciaron en huida de cumbre en cumbre, tirando á distancia y sin fruto. Siguiéndolos llegó á

la Carolina y Bailén, donde entró después de cogérselos alguna artillería y mil prisioneros.

Desembocando á la vez que Villamanrique sobre la garganta de San Esteban el general Sebastiani encontró algo más de resistencia, merced á la cual pudo obtener más importantes ventajas, como que se apoderó de tres mil hombres, de banderas y de cañones. A la caída de la tarde del 20 ya todo el ejército francés hallábase reunido hacia el Guadalquivir, de Baeza á Andújar, de Andújar á Córdoba, y aquellos formidables desfiladeros, rodeados hasta entonces de un prestigio tan horroroso, ya no eran más que un fantasma desvanecido.

Las tropas que á las órdenes de Areizaga habían defendido tan mal las gargantas de San Esteban y Despeñaperros, se plegaron á todo correr sobre Jaén para cubrir á Granada; las de Almadén, que retrocedieron á Córdoba, operaron su retirada, no sobre Sevilla, de la cual se aguardaba poca resistencia, sino sobre Cádiz, donde esperaban hallar asilo seguro detrás de las lagunas de la isla de León y bajo el cañón de las flotas inglesas. El ejército francés siguió esta doble dirección en parte. Formando nuestra izquierda el cuarto cuerpo á las órdenes de Sebastiani, persiguió hacia Jaén á las dos divisiones que se retiraban á Granada, para quitarles este reino y el puerto de Málaga. Formando nuestro centro el quinto cuerpo del mariscal Mortier, llegado que hubo al Guadalquivir, torció á la derecha y fué á juntarse al primer cuerpo del mariscal Víctor, que bajó á Córdoba. De Córdoba se encaminaron á Sevilla, de donde se recibían noticias continuas, todas las cuales llamaban al ejército francés bajo promesa de una rendición inmediata. Marchando sobre Carmona, se hizo alto en esta pequeña ciudad próxima á Sevilla. José, que no se inclinaba á tomar ciudades por asalto, quiso permanecer en Carmona, á fin de aguardar el efecto de las relaciones secretas que los Sres. Ofarril, Azanza y Urquijo entablaron con personas que residían en Sevilla.

Mientras se esperaba este pacífico desenlace, más bien que permanecer inactivos en Carmona, fuera preferible dejar á la derecha á Sevilla, y correr á Cádiz en derechura para interceptar las tropas, el material y sobre todo los miembros del gobierno que iban allá á buscar refugio. Con efecto, la posesión de Cádiz importaba mucho más que la de Sevilla, pues siempre había seguridad de derribar los muros de esta ciudad á cañonazos, y no la había igualmente de atravesar las lagunas que separan á Cádiz de la costa firme de España, y sólo una sorpresa, una aparición repentina de nuestras tropas, podía poner en nuestras manos una ciudad tan importante, si alguna probabilidad existía de hacer su conquista de pronto.

José propuso que se dirigiera un destacamento sobre Cádiz para interceptar cuanto se dirigía á aquel punto y marchar únicamente con el primer cuerpo sobre Sevilla. Mejor fuera de cierto correr en masa hacia Cádiz que dividirse y llegar divididos delante de los dos puntos principales de la provincia, pero tal cual era esta proposición valía más que resolver no enviar contra Cádiz á nadie. Por muchos generales fué apoyada y por el mariscal Soult combatida, preocupándole, para oponerse á ella con todas sus fuerzas, el temor de hallar, como en Valencia, puertas bien cerradas ó un sitio for-

midable como en Zaragoza (1). Hasta objetó que harto se habían ya debilitado con enviar al general Sebastiani hacia Granada, y que no convenía debilitarse más dirigiendo á Cádiz un destacamento; que, tomada Sevilla, Cádiz se rendiría sin remedio (lo cual no debían justificar las resultas) y dijo á José: «Respondedme de Sevilla y os respondo de Cádiz.» La autoridad del mariscal hizo desistir á José de su primera idea, y en vez de extender un brazo hacia Cádiz para interceptar por lo menos cuanto allí se dirigía y de extender otro hacia Sevilla para señorearla, pensóse en Sevilla tan sólo, y con los cuerpos reunidos de los mariscales Víctor y Mortier se marchó seguidamente sobre ella. Ahora se verá que para entrarla no se necesitaban cuarenta mil hombres. Junto á los desfiladeros de Despeñaperros, entre Valdepeñas, la Carolina y Bailén, quedó el general Dessoles con la reserva.

A la aproximación de los franceses estalló en Sevilla una agitación extraordinaria. Previendo lo que iba á acontecer, la Junta central decidió por decreto su traslación á Cádiz y dejó á la comisión ejecutiva el cuidado de la defensa de Sevilla, como que le atañía exclusivamente. Al ver partir uno tras otro á los miembros de la Junta central, divulgóse que abandonaban en el instante del peligro la nueva capital de la monarquía; varios de ellos fueron ultrajados y maltratados, y después se hizo lo que se había anunciado muchas veces, insurreccionarse, proclamando á la Junta de Sevilla junta de defensa, y sacando de la cárcel al conde de Montijo y á don Francisco Palafox para disputar á los franceses la capital de Andalucía. A la junta provincial fueron agregados los generales marqués de la Romana y Eguía, y desencadenando un pueblo furioso por las calles, tocando á rebato, arrastrando tumultuosamente cañones á una especie de espólon de tierra que se había levantado en torno de Sevilla, creyóse hacer mucho por su defensa. No había arbitrio para hacer más y es menester decirlo como excusa de los que obraban de este modo. No era el espíritu de esta población como el de Zaragoza, cuando tan heroica ciudad juró perecer y pereció en efecto casi entera por resistir á los franceses. Se había agotado la energía de Sevilla en disensiones intestinas: todos los partidos habían disgustado á la población sucesivamente, y aun casi inspirado el deseo de ver llegar al rey José, á quien se representaba como hombre de carácter benévolo y dulce. Realmente una porción notable del pueblo se hallaba en grande eferescencia, y pedía á todo trance la cabeza de los que llamaba traidores, nombre que la muchedumbre da de buena gana á todo aquel á quien no estima y sobre quien se quiere vengar de su miedo; pero nadie se brindaba á dirigirla, y el clero, intimidado y receloso de que se castigara en los bienes y aun en la persona de alguno de sus individuos la resistencia que se encontrase, no estimuló de ningún modo á una defensa tal como la de Zaragoza ó la de Gerona.

Durante aquellas estériles agitaciones se adelantaron los franceses hasta las puertas de Sevilla por el camino

(1) Aquí sigo la relación del mariscal Jourdan en sus Memorias manuscritas: se apoya en el testimonio de muchos generales que se hallaban presentes y en una carta muy precisa del rey José, en que expone menudamente las circunstancias del consejo de guerra celebrado en Carmona.

de Carmona. Llegado antes el duque de Alburquerque con una división bastante considerable del ejército de Castilla la Vieja, pasó por junto á Sevilla sin meterse dentro al ver que encerrarse allí no ofrecía ventajas, y ganó el camino de Cádiz por Utrera á semejanza de las tropas que se habían retirado de Córdoba delante del cuerpo del mariscal Víctor. Unos y otros se daban prisa á llegar al bajo Guadalquivir para albergarse dentro de la isla de León. Ya el día 29 el cuerpo del mariscal Víctor dió vista á Sevilla: todas las campanas de la ciudad sonaban á un tiempo: agolpado el pueblo en los muros y en las azoteas lanzaba gritos furibundos: detrás del espólon de tierra alzado en torno de la ciudad había montados algunos cañones; pero con tan escasos medios no había manera de detener á los franceses. Desde luego el mariscal Víctor intimó la rendición á la plaza, anunciando que si no se abrían las puertas atacaría sin demora y pasaría á cuchillo á cuantos opusieran resistencia. Estas amenazas y las relaciones secretas que se mantenían con algunos de dentro, originaron parlamentos durante los cuales las personas de más nota se escaparon de Sevilla, yendo á la cabeza el marqués de la Romana. Entonces la junta provincial sintió en rendir la capital de Andalucía, que el 1.º de febrero abrió al ejército de José sus puertas, por donde entró á tambor batiente y banderas desplegadas.

Casi desierta estaba Sevilla: á Cádiz, á las provincias limítrofes ó á Portugal habían huído las familias acomodadas: también los frailes habían procurado librarse de los vencedores; y el pueblo, bajo la impresión del primer susto, se había desparramado por los campos circunvecinos. Pero ningún desmán cometieron los franceses, y limitándose á tomar víveres para sus urgencias, respetaron las personas y propiedades. Ganoso José de aplicar allí su sistema, prometió perdón absoluto á todos los que regresaran á sus hogares, halagó al clero muy dispuesto á prestarle oídos, y al cabo de pocos días atrajo al pueblo, cuya ira pasó con el miedo y á quien mortificaban en los campos cercanos el hambre y el frío. En Sevilla se hallaron víveres, municiones, artillería y especialmente en tabaco y azogue de las minas de Almadén valores muy considerables; recursos todos que se necesitaban sobre manera y de que se hizo pronto uso.

Ahora faltaba saber si, como el mariscal Soult había anunciado, sería la conquista de Sevilla prenda infalible de la rendición de Cádiz; ya el movimiento de nuestros diversos cuerpos de ejército nos lo iba á revelar sin demora.

El quinto cuerpo, dirigido hacia Extremadura, dispersó en el camino algunos destacamentos guiados por el marqués de la Romana é hizo presas de alguna importancia en bagajes ó dinero á los numerosos fugitivos que iban á buscar refugio detrás de las fuertes murallas de Badajoz. Al llegar á sus puertas intimó la rendición de la plaza, cuyas fortificaciones considerables y en buen estado se hallaban ocupadas por una guarnición poderosa con provisiones en abundancia, habiendo además facilidad de renovarlas, y cuya población, aumentada con los españoles que se habían refugiado detrás de sus muros llevando consigo lo más precioso, clamaba por no ser entregada á los franceses. Así el gobernador respondió en nombre del marqués de la Romana que